

'APRENDER A PENSAR EN LO PEQUEÑO Y EN LO INMENSO'

Las universidades y cómo salir de la retaguardia cultural

Guillermo Nugent

INTRODUCCIÓN: SIN DERECHO NI CALIDAD

Empiezo con dos consideraciones que están a la base de los planteamientos que presentaré a continuación. La primera es una perplejidad, que me gustaría que fuera más de lector que de ciudadano: la actual constitución de 1993 no menciona el derecho a la educación, como sí lo hace por ejemplo a propósito de la salud y el trabajo. Se limita a decir que la educación es obligatoria hasta la secundaria. No hace falta mucha agudeza para darse cuenta que de facto se suspende el derecho a la educación universitaria. El que la educación, tanto escolar como primaria se asume como un servicio privado mientras no se diga lo contrario, probablemente ayuda a entender que esta omisión hasta el momento no haya sido considerada como algo escandaloso. Para mí lo es.

La segunda es un cierto hartazgo que me produce la ubicación menos que mediocre que suelen ocupar las universidades peruanas en los cuadros de clasificación tanto globales como a nivel latinoamericano. En el caso de los rankings latinoamericanos además hay otra característica: una contundente mayoría de las diez primeras universidades en cualquier clasificación son universidades públicas. Hay una literatura crítica sobre los criterios de evaluación lo cual explica la diversidad de clasificaciones. Todas tienen en común, sin embargo, la invisibilidad de las universidades peruanas.

¿Es un mero azar que el único país sudamericano cuya constitución no reconoce el derecho a la educación sea realmente invisible en el mapa académico

regional y global? Pienso que hay una afinidad complementaria entre ambos aspectos. Suele ser materia de discusión en los medios de comunicación y en debates políticos la baja puntuación en las pruebas escolares de PISA. Siempre hay dos tipos de atenuantes: los criterios de evaluación no necesariamente son los mejores y hay una cierta lejanía emocional pues se trata de desempeños de infantes y púberes que son discutidos por adultos. Esa lejanía quiere decir que todo el mundo considera un problema la condición de coleros perpetuos en PISA... pero no es un problema adulto.

¿Y la educación universitaria que sí abarca a jóvenes en tránsito a la vida adulta? Ah, bueno, se suele decir, la educación universitaria no es obligatoria por lo tanto no ofrece la misma urgencia que la escolaridad. Visto desde la universalidad de los derechos el razonamiento suena satisfactorio. Pero la comparación es muy parcial. La educación universitaria sin embargo es decisiva en un ámbito en particular: *la gestión del Estado*. Para acceder a la mayoría de funciones públicas, con excepción de las que resultan de procesos de elección popular, es una exigencia la educación universitaria y los correspondientes títulos. Hay dos escenarios donde esto se aprecia con especial crudeza: uno es el sistema judicial, donde hay jueces que emiten sentencias con modos de razonamiento muy básicos y que en el mejor de los casos conciben las leyes como un conjunto de aplicaciones mecánicas sin mayor elaboración. Dejando de lado el problema de la corrupción la manera de justificar decisiones suele delatar un entrenamiento académico, universitario, más bien precario. El otro aspecto a mencionar es la universidad como espacio de formación de profesionales de la política. En el Perú, la decadencia de la calidad de los estudios universitarios ha ido a un ritmo paralelo a la muy pobre calificación de los profesionales de la política. Quienes se dedican a la política en la actualidad son por lo general grupos de personas que pasaron por una experiencia universitaria sin pena ni gloria, sin los apasionamientos políticos que sirven para definir vocaciones y que en algún momento de la vida adulta encontraron alguna conveniencia en el quehacer político. Ciertamente la vocación y la conveniencia orientan las acciones de maneras muy distintas.

Entonces, la educación universitaria sí es un asunto de interés público. A diferencia de la escuela su importancia no pasa por la obligatoriedad pero sus consecuencias, a través de las decisiones del estado, nos afectan a todos.

La situación actual es que la burocracia en los puestos de dirección del Estado en su abrumadora mayoría viene de las universidades privadas y, con las inevitables excepciones, los mandos intermedios en el mejor de los casos provienen de las universidades públicas. De esta manera hay una división del trabajo de facto, donde los cargos ejecutivos están a cargo de profesionales que provienen de las universidades privadas y las tareas ejecutoras del día a día a cargo de profesionales de la universidad pública. En los hechos se ha consolidado una cultura de la gestión pública en estos términos. ¿Por qué es así? Se dirá pues porque los profesionales más calificados vienen de las mejores universidades, que da la casualidad que son privadas'. Pero, ¿realmente son las mejores? Tal vez, siempre y cuando no haya comparaciones con otros países de la región.

En efecto, ¿Cómo entender el sistemático rezago de la educación universitaria peruana? Es una cuestión inseparable del tipo de estado que los poderes dominantes consideran como el más apropiado para la gestión de sus intereses. Es algo demasiado notorio y que sobre todo no guarda proporción con indicadores macroeconómicos que son constantemente subrayados como una muestra de éxito social. Aparentemente para exportar minerales y atraer turistas no es necesario contar con un Estado orientado con un criterio siquiera mínimo de eficiencia profesional.

EL REAL MÉRITO UNIVERSITARIO

Pero podría ser que realmente tuviéramos buenas universidades privadas en el Perú, digamos dos o tres que recurrentemente aparecen entre las diez primeras latinoamericanas y que no hay nada que hacer, las universidades públicas no tendrían cómo competir. Estaríamos ante un modelo, ciertamente injusto por discriminador, pero efectivo. Ahí habría que decir que no queremos ese tipo de excelencia sino otra que fuera menos excluyente, más abierta. Pero ese no

es el caso; lo que se presenta en el Perú como buena institucionalidad universitaria simplemente no aparece en el mapa académico del continente. *A los grupos gobernantes en el Perú simplemente no les interesa que el país tenga universidades excelentes de verdad.* De hecho, hoy en día las universidades son parte de la retaguardia cultural. Entidades que en muchos casos son receptoras pasivas de tendencias dominantes en otros campos de la vida social. Sin capacidad de anticipación, de plantear preguntas que den lugar a debates públicos, o que sean modelos de convivencia organizada donde los argumentos sean más dignos de aprecio que las acusaciones. Todo ello además del permanente refuerzo a esta situación que supone salarios deliberadamente precarios. No soy partidario de la universidad que dicta normas sobre cómo debe ser el comportamiento óptimo en la vida social porque ahí estarían 'los que saben'. Esa suerte de despotismo ilustrado en la práctica no pasa de la reproducción de los privilegios. Pienso que la mejor contribución moral de la institución universitaria es ofrecer el ejemplo de un modelo de organización social donde la libertad de pensamiento y de investigación ocupan una posición central. Que tenga una capacidad inspiradora para otras áreas de la vida social.

Además, y en consonancia con lo anterior, hay algunos aspectos de las universidades públicas que me importa destacar. Uno de ellos es que, son lugares con una base moralmente creíble del mérito basado en el esfuerzo: tanto para ingresar como para culminar la carrera es parte de un sentido común legítimo. Se habla mucho de la meritocracia abstractamente y se deja de lado lo que sin duda es el primer mérito de una trayectoria profesional: aprobar un desafiante examen de ingreso a la universidad. En el otro extremo de la trayectoria está la culminación de los estudios. Las veces que he estado en las ceremonias de graduación de estudiantes he podido apreciar y sentir la mirada conmovedora de satisfacción de los padres por la graduación de sus hijos, y más todavía cuando se trata de la primera generación de universitarios. Eso, lejos de haber decaído en estos años no ha perdido intensidad. Hay un sentido genuino del mérito que nace del esfuerzo, dentro y fuera del estudio. Es una emoción presente en toda ceremonia de

graduación, pero de intensidad incomparable cuando se trata de una universidad pública. Esa cultura del mérito es desconocida luego por el propio Estado.

LOS TÍTULOS-FACHADA

En algún momento, desde finales de los años setenta del siglo pasado, empezaron despidos periódicos y masivos en el empleo estatal. Los trabajadores recibieron compensaciones económicas 'para que se las arreglen como puedan' y con ello se reforzó una zona gris de las actividades económicas que no era plenamente legal pero tampoco abiertamente ilegal. Ese espacio híbrido es llamado, con excesiva rotundidad, 'la informalidad'. Permite entender, medio siglo después, el crecimiento de universidades privadas de una calidad ínfima. ¿Por qué han proliferado estas universidades cuyo logro más visible consiste en ser un negocio muy lucrativo? Una hipótesis a desarrollar es la siguiente: la inestabilidad laboral se ha precarizado a tal grado que un título profesional es probablemente la única condición estable que la sociedad actual ofrece a muchas personas en áreas distintas a las del trabajo manual. Al principio se optó por la vía claramente ilegal: la falsificación de títulos, tan usual fue este recurso que hubo una calle del centro de Lima, el jirón Azángaro, que adquirió notoriedad en estos asuntos y dio lugar a la expresión 'los títulos de Azángaro'. Pero a continuación apareció la solución gris perfecta: títulos de un respaldo académico muy precario, pero dentro de la legalidad. Es así como han crecido entre finales del siglo pasado y comienzos del presente, establecimientos universitarios de calidad cuestionable, pero que a cambio ofrecen títulos legales. Puede decirse que a falta de estabilidad laboral se ofrece algo que podría llamarse 'estabilidad de la identidad profesional'. Su estrategia incluye la desaparición, o completa banalización de los exámenes de ingreso, un rito de paso de enorme eficacia simbólica para marcar la diferencia intelectual y emocional con la etapa escolar. La supresión del examen de ingreso puede ser entendida como un temprano ataque a una cultura del mérito. Son instituciones que se caracterizan por 'dar clases' y por una notoria ausencia de la investigación. Es decir, lo que se enseña en el aula universitaria no guarda ninguna

relación con el conocimiento que, se supone, la institución debe producir. Incluso hay una universidad que lleva el nombre de un célebre matemático y científico y que en su biblioteca no tiene un solo libro de este autor.

El proceso fue cada vez más acelerado y salió fuera de todo control hasta que en años recientes se puso en marcha un proceso de evaluación de requisitos mínimos que deben cumplir las instituciones universitarias para que puedan funcionar de manera legal.

Ciertamente con esta zona gris acechante se agudizan dos dificultades: la primera es que se naturaliza la educación universitaria como un asunto de ofrecer servicios educativos mediante empresas privadas. En segundo lugar, se convierte en un elemento de presión para las demás universidades privadas, de un modelo académico digamos que clásico, que corren el peligro de ver disminuida su cuota de participación en el suculento mercado de las pensiones universitarias.

Si bien este modelo ha producido anécdotas inolvidables como el local universitario que solamente era una fachada, sin ninguna construcción de respaldo, es importante estar atentos al proceso que ha generado esta manera de encarar la educación universitaria. *La precariedad laboral ha generado que la única posesión estable sea un título antes que un empleo.* La única continuidad disponible es la de contar con un título, que seguirá siendo el mismo así pase de un trabajo a otro.

Generación tras generación los grandes gremios empresariales piden siempre más de lo mismo: hay demasiadas cargas laborales. Su estrechez de miras en cuanto a la conducción de un país es sorprendente: sus demandas cada vez más refuerzan ese espacio híbrido institucional que es la informalidad. Pero mientras mayor sea este espacio también lo será la demanda por títulos-fachada que a su vez ejercerá una presión sobre el resto de universidades privadas disminuyendo su calidad académica; es decir donde los hijos de las élites se educan. La única estrategia para impedir que esta situación se haga evidente es mantener las universidades públicas con un perfil bajo, de manera de no alterar la distribución de poder existente en el terreno de la elaboración de conocimientos. Las

consecuencias de esta propuesta educativa están a la vista: un rezago cada vez más notorio de las universidades peruanas respecto de las mejores de la región. En efecto, no puede menos que llamar la atención la propaganda sobre las virtudes del 'modelo' de crecimiento económico y la precariedad de las instituciones universitarias. Es una desproporción demasiado llamativa como para que siga pasando desapercibida.

Con el actual orden de cosas la demanda por títulos-fachada va a continuar indetenible con las consecuencias corrosivas que ya actualmente son evidentes.

LA CULTURA DE RETAGUARDIA: CUANDO EL ESTIGMA PESA MÁS QUE EL IDEAL

¿Cuál es la funcionalidad de esta situación para los actuales modos de ejercicio del poder en el país? Quizás una respuesta pueda ir en el sentido de un típico modo de discriminación que encontramos en distintos escenarios de la vida social. Básicamente puede ser descrita como una situación donde el estigma tiene un peso normativo mucho mayor que el ideal. De hecho, estoy convencido que esa es la tara principal de nuestra vida pública. Es decir, importa mucho más asegurar la inferioridad del otro que aparecer como la encarnación de algún ideal. Las consecuencias culturales y emocionales de esta disposición de los elementos de nuestra vida social me parecen desastrosos. Las interacciones marcadas por la vergüenza, las humillaciones, el ejercicio de diversas formas de prepotencia no están orientadas en primer lugar a definir una superioridad cuanto la inferioridad. *Es decir, la inferioridad del otro me asegura la propia superioridad.* De ahí que los méritos propios no tengan un especial valor. La difusión del clientelismo en tantos ámbitos de nuestra vida pública ya no es un rasgo ocasional, tiene que ver con una estrategia de presentarse como inferior, *sabiendo sin embargo que no lo es.* Creo que esa figura es la que Arguedas reconoció en su texto 'El sueño del pongo', donde incluso desde la sumisión aparentemente más extrema se sabe la fragilidad de ese vínculo donde, en efecto, la definición queda a cargo de quien se porta como inferior. Este modo de dominación, al no estar basado en la afirmación de la

superioridad, posee una intrínseca endeblez, pues no parte de una afirmación de lo propio como de la inferiorización de lo considerado como ajeno. *Un ejercicio de la autoridad sin ideales propios no está en capacidad de generar un sentimiento propio de autoconfianza.* Un lugar típico donde se expresan los ideales en materia de conocimientos y creación cultural en el mundo actual son las escuelas y universidades. La situación de rezago de las universidades en los contextos regionales y globales difícilmente se puede explicar por un descuido o dejadez simplemente. Más bien son una de las consecuencias más claras de la discriminación que inferioriza, donde no hay ninguna superioridad propia en juego. De este modo, ser lo mejor no es el resultado de una exigencia en nombre de algún ideal como de asegurar que 'los demás son menos que yo'. En el terreno de la educación universitaria se convierte en el obstáculo más tenaz para lograr un avance serio y sostenido en la creación de conocimiento. *La superioridad basada en primer lugar en la precariedad de los demás es algo decadente, para decirlo en una sola palabra.* Una de las consecuencias es la falta de una presencia significativa de las universidades en los debates de interés público, de manera notoria en aquellos donde hay una disputa que requiere de evaluaciones científicas respecto al manejo del medio ambiente y las explotaciones mineras por mencionar un conflicto recurrente donde un elemento clave para su resolución es la distribución del conocimiento. Pero, si no hay ideales exigentes de conocimiento menos van a haber ideales en el ordenamiento social.

¿PAÍS DIVERSO O DE CONSENSO INSUFICIENTE?

Las universidades públicas no deberían estar sustraídas de las inquietudes ciudadanas. Digo bien inquietudes, como algo distinto, pero no contrapuesto, a las necesidades. Estas eventualmente pueden ser objeto de un registro básico como algo indispensable que *ahora* nos hace falta. La inquietud es lo que lleva a hacer algo, pero sin saber bien a veces qué, ni cómo. Ese saber demandado por la inquietud es el que sale al encuentro desde el espacio universitario. A diferencia de las necesidades, las inquietudes en gran medida son indefinibles, son como un

impulso para completar, siquiera momentáneamente, la realidad, es lo que está a la base tanto de un poema como del hallazgo en un laboratorio. El conocimiento académico es en gran medida producto de un trabajo cooperativo, justamente de inquietudes compartidas, tanto entre los académicos profesionales como con los estudiantes, los administrativos como de los mundos de la vida a los que pertenecemos. No se trata de tener la última palabra en nombre de alguna verdad suprema: ya se sabe que las verdades supremas tienen una capacidad de persuasión nula, simplemente demandan obediencia. Sí está en juego procurar tener una voz clara en los escenarios de debate con nuevas preguntas y los programas de investigación correspondientes.

Esta insuficiencia de los debates, que suelen ser más bien tribuna de acusaciones, ni siquiera la reconocemos como problema. Aquí quiero llamar la atención sobre una caracterización del país que damos por sentada pero que me interesa problematizar: la imagen del Perú como un 'país diverso'. No es lo mismo hablar de una diversidad de climas o de flora y fauna, que justamente son registrados a partir de su diversidad. Pero llegados al terreno humano del mundo la expresión puede dar a entender otro tipo de situaciones. A primera vista pareciera que nos remitimos a una simple constatación: somos una diversidad de pueblos, de costumbres, creencias, lenguas. Si alguna vez tuvo ese sentido, de llamar la atención a una situación negada, como era el caso hace poco más de cincuenta años, cuando Arguedas leyó su decisivo discurso 'No soy un aculturado', hoy su sentido es otro. En el último medio siglo ese llamado a un reconocimiento plural, democrático se ha convertido en una forma de encubrir un problema que podría llamarse un 'déficit de consenso'. En vez de reconocer la dificultad, se elige la tangente del país diverso, o mejor todavía, el país 'complejo'. Como es tan diverso y tan complejo entonces la búsqueda de acuerdos se muestra como inviable. En muchas áreas de la escena pública es palmaria esa condición consensual deficitaria en la que nos encontramos. Como nos encanta usar la historia para aceptar como inevitable aquello que no nos gusta, es fácil buscar la explicación en la *herencia colonial*, las *tradiciones autoritarias*, en fin, todo aquello

que sirva para aliviar las responsabilidades de los contemporáneos ante nuestro presente. Lo cierto y real en mi opinión es que estamos ante un grave y desgastante 'déficit de consenso'. El discurso dominante, pero no el único, ha sido, palabras más palabras menos, 'si el PBI crece', entonces todo lo demás 'es importante pero no tanto'. Pasados los años terribles de la violencia política y de la hiperinflación, los malestares subsisten: unos lo pueden atribuir a la corrupción, otros a las desigualdades, pero lo cierto es que hay una insuficiencia de acuerdos fundamentales sobre cómo vivir juntos. Se trata de una tarea que concierne en primer lugar a los profesionales de la política, que tampoco es algo que abunde. Lo peor que podría hacerse es recurrir a las fantasías platónicas del filósofo-rey y que un conjunto de sabios y sabias salidos de las universidades le digan a todo el país cuál es la mejor manera de vivir. (A una escala menor, sin embargo, la tecnocracia del Ministerio de Economía lo ha venido haciendo en los últimos veinte años). Cada tanto se echa mano de la figura de convocar a personajes notables para que den algún consejo atinado. Es una forma elegante de decir que la política no sirve.

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA COMO ESPACIO DE LOS MEJORES

¿Qué podemos hacer desde la universidad, desde nuestra universidad pública, para salir de esta situación de consensos insuficientes? Nuestra contribución es mostrar lo que mejor podemos hacer como docentes: crear espacios de discusión y respeto en el trabajo cotidiano de hacer clases, sean presenciales o como es ahora durante la pandemia, a distancia. Estudiantes maltratados por docentes, por una actitud amenazante o por el desinterés, ciertamente no van a utilizar sus mejores recursos para destacar, se van a limitar a sobrevivir de un semestre a otro. Precisamente eso es lo que debemos hacer a un lado. En mi experiencia, y llevo algunas décadas en esto, los estudiantes tienen un natural deseo de conocimiento del que no siempre son conscientes, por extraño que parezca. Defraudar ese deseo es lo peor que puede suceder en el aula. Para una estudiante o un estudiante 'saber' es ante todo aprender a tener confianza en sus propias intuiciones que al principio son necesariamente borrosas; no por que se trate de estudiantes sino porque son

intuiciones. La formación académica es asunto de tener la confianza en la transformación de esa intuición en una idea sustentada y llevarla adelante con esa paradójica convergencia de la *seguridad* y el *desapego*. Lo primero es fundamental para los momentos iniciales de un proyecto y lo segundo para, si es necesario, dejar una idea o hipótesis de lado si no se muestra como un instrumento fructífero para la investigación. Este desapego en la epistemología suele tener nombres menos agraciados como ‘falsación’ o ‘pretensiones de validez’, distintas maneras de referirse a la provisionalidad del conocimiento. En el campo de la docencia las dificultades son otras. Hay esta ingenuidad, realmente sorprendente, de creer que los estudiantes no se dan cuenta cuándo un docente se los toma en serio y cuándo no. En el aula, tanto la dedicación como el desinterés suelen ser mutuos. Desde el lado docente, uno se traduce en exigencia, una exigencia intensa, y el otro en amenazas y otras formas de maltrato. Si uno como docente siente que ha hecho un buen trabajo académico en su carrera lo aconsejable es transmitir esa disposición y para eso no se requiere mucho esfuerzo porque los estudiantes inmediatamente en todos los casos ‘saben con quién están hablando’.

En la universidad es importante mostrar el terreno de los conocimientos como una dimensión para entender mejor lo que pasa y lo que tenemos más cerca, más a la mano, en el entorno, humano y no humano. Es una manera de acercarnos a la cultura, al mundo que pertenecemos desde las disciplinas especializadas. Es un privilegio muy legítimo que en una sociedad sus ciudadanos, en especial las y los ciudadanos jóvenes, puedan dar lo mejor de sí en su esfuerzo intelectual y que éste sea reconocido. Aquí, en la universidad, la diversidad no es un eufemismo para los consensos insuficientes. Es parte del proceso del conocimiento como tal. Se suele pensar en primer lugar la diversidad como referida a diferentes teorías o doctrinas para entender la realidad. Esa es la parte de la vitrina, digamos, lo que es más fácil de ver. Pero en verdad la diversidad ocurre al interior de cada teoría o doctrina que constantemente reelabora lo que hasta poco antes daba por sobreentendido. Si uno relativiza las propias suposiciones será igualmente flexible

ante posturas distintas. Si por el contrario uno es severo e inflexible con los propios criterios, será aún peor con otras teorías.

Pero junto con la docencia, e inseparable de ella en mi opinión, está la investigación y la correspondiente comunidad de investigadores. Aquí quiero hacer referencia al territorio y a nuestra historia de una manera muy distinta a la del historicismo dominante, que básicamente echa mano de algunos antecedentes para dispensar de las responsabilidades del presente. De diversas maneras hemos tenido en el territorio que ahora vivimos, una asombrosa continuidad civilizatoria que no cesó de hacer inventos tecnológicos e institucionales durante miles de años. Realmente abundan los ejemplos a seguir porque quienes nos antecieron dejaron muchos signos que han persistido en el tiempo, otras permanencias que la propia de la escritura. Conocer e investigar forma parte de una continuidad histórica de cuya marca *en nuestro psiquismo colectivo e individual* no siempre somos conscientes. Es lo más sólido que tenemos. La continuidad con los antecesores es la mejor manera de ser contemporáneos con el mundo, es parte de nuestra realidad antes que una mera aspiración. La investigación, la creación de conocimientos, la invención de teorías en permanente conversación con el mundo en que vivimos es la mejor manera de cultivar la libertad de pensamiento en este momento de nuestra historia. Hemos recibido mucho de los pueblos y sociedades que nos antecieron. No es propiamente una recepción de ideas, o de lo que pomposamente se suele llamar una 'concepción del mundo'. Es más, un particular sentido de una laboriosidad vinculada a la permanencia. Incluso lo que aparece como precario al comienzo, al cabo de unas generaciones adquiere un sentido de solidez. Son maneras de actuar, impulsos a la acción que no pasan por la reflexión pero que tampoco son caóticos o dispersos. Ya desde el impulso y previamente a la idea está presente un sentido de permanencia.

Mi trabajo académico básicamente lo concibo como un acto de devolución, de gratitud por la cultura donde me he formado, en sus aulas y en sus calles y alimentada por ese impulso que he mencionado. La manera de asimilar informaciones, de formular enunciados, de imaginar alternativas en la creación

llevan la marca de nuestra cultura y ser conscientes de ello nos orienta en una diversidad de estilos. Incluso en las experimentaciones e innovaciones más audaces se mantiene ese sosegado ánimo de permanencia. Me parece además que esa es una tarea institucional de la universidad: devolver bajo la forma de conocimientos y técnicas las necesidades, inquietudes y deseos para una vida mejor y más justa. Ese es el sentido de responsabilidad que es inherente al trabajo académico. Es una forma de proveer recursos que permitan la creación de lenguajes compartidos en todos los saberes.

DESINHIBIR LA CURIOSIDAD

Ya al interior de las comunidades académicas quizás es importante distinguir entre la práctica orientada a desinhibir la curiosidad de los estudiantes y dos tipos de conformismos; el que repite al modo escolástico siempre lo mismo y el que sigue al murmullo del momento, lo que equivocadamente se suele llamar 'lo que está de moda', 'novelería' sería una calificación mejor.

El primer punto es el que me interesa: la desinhibición de la curiosidad. Parto del supuesto que las personas somos espontáneamente curiosas, desde la infancia más temprana. En la niñez la curiosidad no es por tal o cual dato, es por elaborar explicaciones o interpretaciones que le den sentido a los datos que sabemos, o que queremos saber: ¿qué hacen los papás cuando cierran la puerta del cuarto y se quedan solos? ¿por qué los niños y las niñas son diferentes? Con preguntas parecidas los seres humanos aprendemos que lo importante no es tal o cual dato sino una teoría que le dé un sentido y ciertamente las primeras teorías suelen ser sexuales y son considerados verdaderos actos de creatividad. Con la excepción de quienes han sufrido graves daños psíquicos, la mayor parte de personas tiene una natural disposición a la curiosidad, y agregaría, al sentido del humor para aceptar que algo no es como parecía. El trabajo académico, científico consiste justamente en despertar de nuevo esa curiosidad, pero cultivada de una manera sistemática, más atenta a la capacidad de plantearse nuevas preguntas que

a la repetición de rituales. El desafío real es que las preguntas y soluciones más innovadoras aparecen 'de casualidad'. Hay casos célebres: unos hongos que se formaron por descuido en un laboratorio dieron origen a la penicilina; un pegamento inicialmente defectuoso fue el origen de los post-it. Ideas que aparecen mientras uno está viajando en un transporte público, de pie y apretado, un problema matemático que se resuelve en un sueño... Tantas 'casualidades' revelan que hay hasta ahora una descripción inadecuada de los procesos de elaboración de conocimientos. No se trata de descubrimientos 'casuales' propiamente, como si carecieran de algo 'necesario'. Más ajustado a la realidad es considerar los conocimientos espontáneos, que aparecen súbitamente luego de un prolongado trabajo de elaboración y que rara vez es consciente. Una curiosidad desinhibida permite estar más atentos a esas emergencias súbitas de conocimiento. El reto está en el trato con la propia espontaneidad y con la del auditorio, en lograr generar un espacio para su aparición, pues en eso consiste el arte de la docencia y de una formación académica sólida.

LA NECESIDAD Y EL VIRTUOSISMO: UNA CUESTIÓN DE ÁNGULOS

Estoy convencido que el conocimiento científico y la creación artística pueden y tienen que ser parte del orgullo colectivo del país. A diferencia de la gastronomía y el deporte, esas actividades que son mencionadas como 'las pocas cosas que tenemos en común en un país tan diverso', la creación académica y artística son hechos mediante signos que comunican conceptos y emociones.



Si queremos salir de la condición de retaguardia cultural es aconsejable partir de una tensión, una dialéctica, entre lo que puede llamarse la necesidad y el virtuosismo. Ambos nos resultan indispensables. Hay un caso bastante conocido por todos nosotros: la piedra de los doce ángulos en un muro inca en el Cusco. Es reconocido como un alarde de destreza, de virtuosismo. Pero, ¿qué fue primero? ¿El diseño de la piedra y luego se hizo el muro en función de una pieza que ahora llamaríamos artística o más bien fue creada para reparar una imperfección creada por la irregularidad de los demás bloques? Pensé que habría teorías entre arqueólogos y arquitectos al respecto. Al parecer la pregunta no les resulta interesante y hasta donde sé no hay una discusión de hipótesis encontradas al respecto. Para lo que he presentado en esta ocasión, sin embargo, sí me parece una buena ilustración de esa tensión entre virtuosismo y necesidad. Qué se hizo en función de qué, es al parecer algo indiscernible. Lo que nos ha quedado hoy, me inclino a pensar que se trató de una solución ingeniosa, en todo caso es una obra consumada y sobre todo *muy bien hecha*. Todo encaja. ¿El virtuosismo estuvo al

comienzo o al final del proceso de construcción? Es una buena imagen para representarnos los procesos de elaboración de los conocimientos a partir de un signo que, en distintos grados, nos resulta familiar en todo el país. No se trata de la admiración ante una obra monumental ya terminada. Aquí me estoy refiriendo a un momento de la construcción, a una pieza de un conjunto más amplio. A veces puede ocurrir en nuestro quehacer académico que nos encontramos con una idea o concepto como punto de partida para ordenar un material muy vasto en función de ese concepto. De manera característica es el caso en las historias del arte y la definición de los estilos de los productos artísticos. Puede ser también el caso de productos singulares a los que se atribuye un carácter fundacional. En el temprano siglo XX de Occidente, el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein o *Ulises* de Joyce pueden tener esa característica de obras que son inauguraciones virtuosas. En otras ocasiones, frecuentemente a propósito del pensamiento crítico, hay teorías que dan cuenta de las irregularidades de la realidad, destacan que no hay armonías preestablecidas y que eso irregular es el soporte del resto de la construcción: la clase obrera de Marx, el inconsciente freudiano o los *7 Ensayos* de Mariátegui van en esa dirección. No es solamente detectar y reconocer la irregularidad sino hacer una construcción sólida a partir de un espacio donde en principio lo previamente existente no encajaría. En el caso de las ciencias sociales hay dificultades en la elaboración de categorías para la comprensión de la realidad. El caso más apremiante probablemente sea aquello que genéricamente se llama 'informalidad', eso que no encaja en las medidas previas. Si seguimos en la imagen cusqueña, los trabajos sobre 'la informalidad' son como querer tapar el vacío que requiere los doce ángulos con una simple plancha de madera prensada, es decir la renuncia a lograr cualquier forma de armonía a partir de las irregularidades iniciales. Ni consistencia, ni belleza.

De esa tensión entre virtuosismo y necesidad es que son formados los conceptos y las teorías. ¿Cómo reconocer la solidez y capacidad inspiradora de una teoría? Aquí es importante distinguir entre el efecto de lejanía y el efecto de cercanía. El primero supone que las teorías están 'allá lejos', tanto geográfica como

emocionalmente. Tradicionalmente ese *lugar de la mente académica* ha estado dibujado con los nombres de países como Francia, Alemania, Inglaterra y, desde el siglo XX, Estados Unidos también. Esa lejanía usualmente se expresa en intervenciones o textos donde los apellidos de algunos autores suelen contar más que sus argumentos. Lo que a primera vista puede ser o un descuido o una muestra de sabihondez inconducente es en realidad la parte menos interesante de esta figura. El punto de partida es que las teorías están ‘allá lejos’ y en consecuencia están fuera de nuestro alcance y las vemos inmóviles, como objetos de contemplación en el mejor de los casos, de ahí que con mucha facilidad se pasa de la persuasión del argumento a la invocación de la autoridad. Las teorías no aparecen como objetos manipulables al modo de una herramienta o un pincel o un instrumento musical. Las preocupaciones más recientes sobre el ‘eurocentrismo’, ‘epistemología otra’, ‘colonialidad del saber’ tampoco hacen mucho por acercar las cosas. El tono de solemnidad, de hablar en nombre de la historia universal ‘otra’, los delata. También ubican el centro de las preocupaciones ‘allá lejos’. Me permito hacer una referencia a ‘Guerra y Paz’, de Tolstói. Luego de la derrota en 1812 de las hasta entonces invictas tropas napoleónicas donde el jefe militar ruso, el anciano general Kutuzov tuvo un papel central, el novelista escribe lo siguiente:

‘Además del carácter nacional, tan íntimo al corazón ruso, la guerra de 1812 debía tener una importancia europea (...)’

El generalísimo no entendía lo que significaba Europa, su equilibrio y Napoleón. No era capaz de entenderlo. Una vez que el enemigo estaba derrotado y Rusia liberada, gozaba de la mayor gloria posible; como representante del pueblo ruso, no tenía nada más que hacer. No le quedaba sino morir. Y Kutuzov murió.’ (Parte XV, cap.12) Cuál sea el espacio ‘de la mayor gloria posible’ es lo que está en juego. El zar Alejandro I que es el interlocutor de Kutuzov en ese momento es un personaje de lejanía, en más de un sentido por cierto, está pensando en la historia universal, en el equilibrio de Europa, pero Kutuzov se mueve en la cercanía, en una meta que parece modesta en comparación: que los franceses salgan de su país, es su afán y su anhelo. *Hizo cosas enormes con ideas aparentemente pequeñas.*

El efecto de cercanía no es susceptible de una definición, se trata de una disposición a elaborar y pensar a partir del material donde vivimos. Entendiendo lo que tenemos cerca es que llegamos a entender lo lejano. Desde el punto de vista de un urbanista puede ser muy útil la distinción entre centro y periferia, pero todos vivimos en un barrio. Ese es el punto de partida de los quehaceres, para quien vive en el centro o se desenvuelve en la periferia. Pues con las teorías pasa algo parecido, son unos objetos del centro para ser avistados desde la periferia. Ocurre que muchas veces las teorías en las ciencias sociales o en filosofía son más divisadas que estudiadas o utilizadas propiamente.

La cercanía como espacio de elaboración ha sido algo obvio para la poesía peruana desde Vallejo y para la narrativa latinoamericana un poco después. Pero las ciencias sociales consideraron el 'allá lejos' como si fuera LA perspectiva para entender mejor las cosas. Y así no hubo recursos para 'cuidar lo fugaz bajo el sol' (Watanabe), la vida diaria, lo que tenemos más cercano y que nos demanda ese doble movimiento de la adaptación y de hacernos una realidad a la medida. Vivimos bajo la ilusión de creer que si algo no sucede bajo reglas escritas es fugaz, efímero, no registrable. A la sombra de esta creencia se han elaborado etiquetas para evadir esas fugacidades, como la ya aludida 'informalidad', zona misteriosa donde no existirían reglas dignas de ese nombre. Una de las consecuencias ha sido que una categoría analítica se ha convertido en una señal de identificación: no se puede delimitar con nitidez el concepto pero sí se puede señalar claramente a 'los informales'. El proceso es muy interesante: se empieza con un adjetivo, en este caso 'informal', se lo transforma en un sustantivo abstracto mediante el sufijo 'dad' y a continuación se convierte en seña de identidad como sustantivo concreto 'el o la informal'. El 'informal' de la actualidad guarda una tremenda afinidad con 'el desviado' de la sociología norteamericana de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. En ambos casos se trata de estrategias culturales de alejamiento y con muy poca capacidad crítica respecto del punto de partida de esas elaboraciones

La preocupación por lo más próximo no quiere decir que se hagan a un lado preocupaciones respecto de órdenes mayores, englobantes, pero a condición de

no borrar las huellas de nuestra acción, sin ponernos a un lado. Un poema de Blanca Varela, que en cierto modo ha sido la inspiración para este discurso, describe con agudeza esta forma de elaboración

*...aprender a pensar en lo pequeño
y en lo inmenso
en las estrellas más lejanas
e inmóviles
en el cielo
manchado como un animal que huye
en el cielo
espantado por mí (Concierto animal)*

Efectivamente, mientras más lejanos, más inmóviles los conceptos, mientras más próximos, más propicios esos conceptos a ser adaptados a las urgencias y deseos que dan forma a nuestras acciones. Todavía está muy arraigada la costumbre de entendernos desde la lejanía, como si estar en la periferia de un sistema económico, alejado del centro, definiera nuestras acciones como periféricas y esto puede traducirse en un conformismo especialmente grave respecto de las expectativas sobre la institución universitaria. Las universidades, en esa penosa perspectiva, también tendrían que ser 'periféricas', con un conocimiento poco importante, básicamente dedicado al consumo de conocimientos elaborados en otras partes. Las exigencias académicas, de calidad, naturalmente también serían periféricas. En buena cuenta quiere decir que nuestra realidad no es de por sí suficientemente interesante más allá de ser terreno de aplicación de teorías. En el mejor de los casos somos vistos como un caso de estudio, es decir, nos entendemos y estudiamos desde la lejanía. Las necesidades por el contrario siempre surgen de entornos locales, muy cercanos, desde la proximidad. Parecen de horizontes estrechos como si únicamente concernieran a los que cada quien trata en su vida diaria. Esas prácticas son acompañadas por formas de pensamiento explicitables en mayor o menor grado. Estas ideas no necesitan ser muy generales, suelen demandar entendimientos relativamente puntuales. Pero una vez que se despierta el impulso creador la

búsqueda se hace mayor y se buscan afirmaciones cada vez más generales que *orienten* en todo lo demás, ese el momento de un buen arte y una buena filosofía. Alfred Whitehead escribió que una civilización exitosa requiere de dos tipos de ideas, unas particularizadas, de baja generalidad y otras filosóficas de alta generalidad. Las primeras son para la cosecha inmediata y las segundas guían en la aventura hacia la novedad. Las primeras comprometen y las segundas liberan, ambas son tareas indispensables de nuestro quehacer universitario si queremos decir nuevas cosas en el país y ser activos interlocutores con las instituciones pares de la región.

Recapitulando:

- Nuestro punto de partida es desalentador. La educación ni siquiera es un derecho constitucional y las universidades peruanas no forman parte del mapa académico de la región.
- Las universidades públicas mantienen un importante sentido del mérito mediante el examen de ingreso y la culminación de estudios, muchas veces hechos en condiciones duras.
- La precariedad laboral en clases medias ha hecho del título profesional la única garantía de continuidad. La demanda es tal que ha generalizado los títulos-fachada, sin mayor respaldo académico y ha dado origen a poderosos negocios.
- De otra parte, la poca exigencia académica tiene que ver con una cultura pública donde el estigma es más poderoso que el ideal. Es la retaguardia cultural.
- La frase 'país diverso' se ha convertido en un eufemismo para evitar reconocer que somos una comunidad ciudadana con un nivel insuficiente de consensos.
- Aunque parezca trillado, la universidad pública tiene que ser el espacio donde se despliegan los mejores esfuerzos en la docencia y en la investigación.

- La experiencia universitaria es ante todo la desinhibición de la curiosidad como base de toda creación de conocimiento.
- Nos movemos en una tensión entre la necesidad y el virtuosismo. La realidad es naturalmente irregular. Tras la investigación inmediata, poesía y filosofía son indispensables para 'aprender a pensar en lo pequeño y en lo inmenso'